

Llevaba Francisco de Lugo, Hombre Principal, Natural de Medina del Campo, vn Lebrél de mui gran cuerpo, i que de noche ladraba mucho. Preguntaron los Caballeros de aquel Pueblo à los de Cempoala, si era Tigre, ó Leon, ó Abimal para matar à los Hombres? Respondieron, que aquel era bien mandado, i que mordía, i mataba siempre que fu Amo queria. Las Pieças de Artilleria dixeron, que con vnas piedras que hechaban dentro, mataban à quien querian: i que los Caballos corrian como Venados, i alcançaban à quantos querian, sin que nadie se les pudiese escapar: i que aquellos Hombres eran los que vencieron à los de Tabasco, les quitaron sus Idolos, i les hicieron amigos con sus Vecinos: i que por tenerlos Moteçuma por Dioses, les havia embiado Presentes: i que se maravillaban de Olintetl, como no les presentaba algo, i luego embió à Cortés quatro Pinjantes, tres Collares, i ciertas Lagartijas de Oro, vna carga de Ropa, i quatro Esclavas, que se recibieron para hacer el Pan. Havia en este Lugar el Osario, con multitud de calaveras, i huesos, de los Hombres que se sacrificaban: i de alli adelante se vió lo mismo en todos los Pueblos, de la manera que estaba el de Mexico, como en su lugar se dirá.

CAP. III. Que Hernando Cortés se determina de ir à Mexico por Tlascala: la Embaxada que embió, i lo que la Republica determinó.



STUVO Hernando Cortés cinco Dias con Olintetl, porque la Gente descansase: i haviendole dado, de sus cosas, i Rescates, vn Presente, que estimó en mucho, se trató de la Partida, i por donde se havia de ir à Mexico. Dixo Olintetl, que seria mejor, i mas llano camino, por vn Pueblo mui grande, que se decia Cholula. Los de Cempoala lo contradixeron, diciendo, que aquellos eran mui traidores, i tenian siempre Guarniciones de Moteçuma, i que los de Tlascala eran sus enemigos, i buena Gente, i que seria mas seguro camino

por alli. Pidió Cortés al Señor veinte Soldados, que le guiasen, como platícos en la Tierra, que le dió de buena gana, i con ellos siguió su camino à Tlascala. En llegando à vn Pueblo, dicho Xacacingo, embió quatro Cempoales à los Tlascaltecas, con vna Carta, i con vn Chapeo colorado vedejudo, de Flandes; i aunque sabia, que no se havia de entender la Carta, pareció, que à lo menos conocerian, que era Mensageria, porque no hiciesen mal à los Mensageros; pues se havia sabido, que los Tlascaltecas, informados de el camino, que à su Tierra hacian los Castellanos, i que llevaban en su compañía Indios tributarios de Moteçuma, como eran los Cempoales, i los de Olintetl, se havian puesto en Armas. Mandó Cortés à los Mensageros, que dicesen à los Señores de Tlascala, que havia entendido del Señor de Cempoala, i de los demás de aquella Comarca, Amigos, i Confederados suyos, las grandes Guerras, i enemistades, que con tanta raçon temian con Moteçuma, de quien haviam recibido muchos daños, i que él iba, ante todas cosas, para darles conocimiento del verdadero Dios, de parte de vn grandísimo Principe, i juntamente librarlos de la opresion de los Cullas Mexicanos, i que les embiaba aquel Sombrero, i juntamente con él, vna Espada, i vna Ballesta, para que viesen la fortaleza de sus Armas, con las quales los pensaba favorecer. Y esto lo hizo, movido de la admiracion, que se tuvo en Mexico de ver la Ballesta, i las otras Armas Castellanas. Esta Embaxada embió Cortés por consejo de los Señores Cempoales, que decian, que los Tlascaltecas eran muchos, i Gente belicosa, enemigos de Moteçuma, i que facilmente, sabida la confederacion de los Totonagues, entrarian en ella. No pareció à Cortés escusar este recado, pues en ello no aventuraba nada, i hasta entonces havia hallado verdad en los Cempoales: i en este Lugar acabó Hernando Cortés de tener mas cumplida relacion de las cosas de Tlascala.

Llegaron à Tlascala los Mensageros, con la señal, que vsaban para ser conocidos, los que llevaban Embaxada. Avisaron desde la puerta: salieronlos à recibir, llevaronlos à la Casa de la Republica, dieronles de comer, juntaron el Consejo: entraron los Mancebos Cempoales, i hecha reverencia, les mandaron hablar. Y despues de pasados sus comedimientos, i las ceremonias al Consejo

Cortés se determina de ir por Tlascala.

Embaxada de Cortés à los de Tlascala.

Admiracion en Tlascala, con la novedad de la Embaxada de Cortés.

Parecer de Maxiscatecin de recibir à los Castellanos.

Respon- de Xicotencatl al parecer de Maxiscatecin.

(como adelante se dirá) dixo el vno: **Mui Valientes, i Grandes Señores, Nobles Caballeros, los Dioses os guarden, i den victoria contra vuestros Enemigos: El Señor de Cempoala, i los Totonagues, se os encomiendan, i os hacen saber, que de allá de las Partes del Oriente, en grandes Acates, han llegado vnos Teules, fuertes, i animosos, que les han ayudado, i puesto en libertad contra la Gente de Moteçuma: dicen, que son Vasallos de vn poderoso Rey, i que os quieren, de su parte, visitar, i que os traen el verdadero Dios, i os favorecerán contra vuestro antiguo, i capital enemigo, i que para que veais su fortaleza, os traemos sus Armas, i esta Carta, i señal: Dicen nuestros Cempoales, que será bien que los tengais por Amigos, porque aunque son pocos, valen mas que muchos. Recibida la Carta, el Sombrero, i las Armas, Maxiscatecin, vno de los Señores de la Republica, los mandó sentar, i dixo: Que fuesen bien llegados, i que à los Totonagues agradecian su consejo, i holgaban de su libertad, i agradecian à aquel Gran Teule, su voluntad, i su Presente, i que se holgasen, i descansasen, porque haviam menester tiempo para resolverse. Y con esto se salieron los Cempoales, acudiendo à ellos infinita Gente, à entender lo que llevaban: i como ellos, contando lo que havian visto de la valentia de los Castellanos, de sus Costumbres, i de sus Armas, diciendo como eran los Caballos, i todo lo demás, estendian, i enfalçaban las cosas, causaba à todos grandísima admiracion, i mas à los que conferian esto con los Pronosticos que tenian, que especialmente alli en aquellos Dias havian visto algunos prodigios, como temblores de Tierra, Cometas, que por el Cielo corrian, de vna parte à otra: caerónse algunos Idolos, que les causaron tristeza, i espanto, por lo qual acudian mucho à los sacrificios.**

Quedando, pues, los Señores de la Republica solos, haviendose hecho vnos à otros su cumplimiento, como entre ellos se vsaba, Maxiscatecin, Hombre de mucho juicio, reposó, i de noble condicion, i bienquisto, dixo: Que de aquella Embaxada havian visto, que los Enemigos de su Enemigo, les aconsejaban, que acogiesen à los Estrangeros: los quales, segun su valor, i la fortaleza de sus Armas, mas parecian Dioses, que Hombres como ellos, i que ofrecian de ayudarlos contra Moteçuma: i que por tanto, le parecia, que les respondiesen, que fuesen en buena hora à su Ciudad, que en ella los recibirian con

toda alegria; porque si ellos eran tan poderosos, è inmortales, como se decia, aunque les pesase, entrarian en ella, i harian quanto les pareciese, de que Moteçuma havia de recibir gran contento; i que se acordasen, que sus Antepasados les dixeron, que irian ciertos Hijos del Sol, en Trage, i Costumbres mui diferentes, i de dexas Tierras, en grandes Acates, maiores que Casas, i tan valientes, que vno podria mas que mil, que introducirian nuevas Leies, i Costumbres, i que irian embiados de vn Gran Señor, al qual vn Poderoso Dios favorecia, i ayudaba, i que le parecia que aquel tiempo era llegado, i que para creerlo, entendia que eran bastantes los prodigios, i señales, que havian tenido: i que esta era la causa que le movia à aconsejar, que de buena gana recibiesen aquellos Teules, porque de otra manera, demás de el mucho daño que havia de recibir la Republica, su coraçon le decia, que entrarian en la Ciudad, aunque les pesase, por mucho que se lo quisiesen resistir. A todos pareció bien el consejo de Maxiscatecin, por el gran credito que tenia; pero respondiendo Xicotencatl, vno de los quatro Señores, que en aquella Republica tenian la suprema autoridad, que era Capitan General en la Guerra, dixo: Que el hospedar à los Forasteros era precepto de los Dioses, quando no iban à hacer daño, i que por la maior parte los Pronosticos solian salir inciertos, ni à ellos se debía de dar credito; i que quanto à la valentia de aquella Gente, no sabia lo que se diria de Nacion, que tenia tanta opinion, como la Tlascalteca, sino entendiendo para lo que eran aquellos pocos Estrangeros, à los quales, tan ligeramente, iendo armados, los metian en su Casa: porque si los hallasen mortales, no los havrian engañado; i si inmortales, i mas poderosos, à tiempo serian de reconciliarse con ellos, porque segun la Relacion que se tenia, no le parecian Hombres, sino Monstruos, salidos de la espuma de la Mar, i mas necesitados que ellos, pues como se decia, iban con Ciervos grandes, comiendo la Tierra, pidiendo Oro, durmiendo sobre Ropa, i gustando de deleites, i que creia cierto, que la Mar, no los havendo podido sufrir, los havia bechado de sí: i que si aquello era verdad (como lo tenia por cierto) que maior mal podia acontecer à su Patria, que recibir en ella por Amigos, tales Monstruos, i que en vna Tierra de tanta esterilidad, que aun Sal no tenian, i se mantenian con tanta pobreza, por defender su libertad, viniesen ahora à meter, voluntariamente, quien les hiciese Tributarios, i comiesen quanto tenian: i que

por tanto aconsejaba, que aquella invencible Nacion se defendiese, en lo qual se ofrecia de ser el primero, por la Religion, por la Patria, por los Hijos, por las Mugeres, por la Honra, i Nombre de Tlascala, tan famoso en toda la Tierra.

Por esta diferencia de opiniones, nacio gran murmurio, porque los Mercaderes, i Gente quieta, seguian la opinion de Maxiscatin: los Soldados, la de Xicotencatl; pero Temilotecatl, otro de los quatro Señores, dixo: Que le parecia, se embiasen Embaxadores al Capitan de aquella nueva Gente, que con graciosa respuesta le dixesen, que en aquella Ciudad seria bien recibido: i que entretanto, pues havia Gente apercebida, se saliese al camino Xicotencatl, con los Otomies, i hiciese experiencia de lo que eran aquellos a quien llamaban Dioses: i si los venciese, Tlascala guardaria con perpetua gloria; i si no, se daria la culpa a los Otomies, como barbaros, i atrevidos. Y pareciendo a todos bien este consejo, ordenaron, que se pudiese luego por obra. Mandaron llamar a los Mensageros Cempoales, dixeron, que estaban determinados de recibir bien a aquellos Teules; i con ocasion de cierto sacrificio, los detuvieron; i prendieron, por dar tiempo a que su Capitan General pudiese salir al encuentro a Hernando Cortès, i gobernarse en la respuesta, conforme a los efectos que hiciese, la qual no podia diferirle: atento, que por las nuevas que tenian de los Estrangeros, tenian la Gente apercebida; i porque la prision de los Mensageros era, entre aquellas Naciones, cosa nefanda, no sera bien dexar de decir, como solian recibirlos, i tratarlos.

CAP. IV. De lo que usaban los que iban con Embaxada, en Nueva-Espana; i que Hernando Cortès pasa adelante, por consejo de los Cempoales; i de vn Reencuentro, que tuvo con los Otomies.



ERAN en toda Nueva-Espana los Embaxadores (conforme al Derecho de las Gentes) tratados con tanta reverencia, i honor, que mostraban ser cosa sacrosanta: i en tanto grado, que aun-

Refuelvese en Tlascala de salir a defender la entrada a los Castellanos, así que con disimulacion

que se pudiese luego por obra. Mandaron llamar a los Mensageros Cempoales, dixeron, que estaban determinados de recibir bien a aquellos Teules; i con ocasion de cierto sacrificio, los detuvieron; i prendieron, por dar tiempo a que su Capitan General pudiese salir al encuentro a Hernando Cortès, i gobernarse en la respuesta, conforme a los efectos que hiciese, la qual no podia diferirle: atento, que por las nuevas que tenian de los Estrangeros, tenian la Gente apercebida; i porque la prision de los Mensageros era, entre aquellas Naciones, cosa nefanda, no sera bien dexar de decir, como solian recibirlos, i tratarlos.

que aquellas Gentes barbaras, de su natural condicion, eran mas vengativas, que todas las del Mundo, respetaban a los Embaxadores, de sus mortales enemigos, como a Dioses: teniendo por mejor violar qualquier Rito de su Religion, que tocar contra la fe dada a los Embaxadores, aunque fuesen en cosa mui pequeña: porque por esta, no menos que si fuera mui grave, eran rigurosamente castigados, diciendo, que pues los Embaxadores iban confiados en su fe, no debian, en vn punto, ser defraudados. Era su manera de caminar, para ser bien conocidos, en las Tierras de sus Enemigos, llevando cada vno vna Manta mui delgada, torcida de punta a punta, rebuelta al cuerpo, con dos nudos a los hombros: de manera, que de cada nudo sobrava vn palmo, i con esta Manta havia de entrar cubierto, quando diese la Embaxada; i sin esta, llevaba otra mas gruesa, de tal manera doblada, que hacia vn pequeño bulto enroscado. Llevabala hechada, con vn pequeño cordel, por el pecho, i hombros. En la mano derecha llevaba vna Flecha por la punta, las plumas acia arriba, i en la izquierda vna pequeña Rodela, i vna Redecilla, en que llevaba la comida, que le bastaba, hasta llegar adonde havia de dar la Embaxada. Y en entrando por Tierra de Enemigos, havia de ir camino derecho, sin salir de el, a pena de perder la libertad, i privilegio de Embaxador, i ser condenado a muerte. Y en llegando al Pueblo, adonde havia de dar la Embaxada, paraba, i era conocido, i los Oficiales de el Señor a quien iba, le salian luego a recibir. Mandaban, que reposase en la Calpisca, que era la Casa de Comun del Pueblo, adonde, conforme a la calidad de el Señor, que le embiaba, se le hacia el tratamiento. Deciafe al Señor, como havia llegado Mensagero, i luego mandaba, que fuese, para oirle. Iba mui compuesto, callado, i recorriendo, entre si, lo que havia de decir, acompañado de los Principales de la Casa, con Rosas en las manos, que le daban. Llegado al Palacio, paso ante paso, los ojos en Tierra, entraba adonde el Rei, o Señor estaba sentado, con toda la Magestad posible, i haciendole mui gran acatamiento, se ponía en mitad de la Sala, sentado sobre sus pantorrillas, juntados los pies, i recogida la Manta, con que todo se cubria. Haciale señal el Señor, que hablase; i hecho otro acatamiento,

Como se havia los Embaxadores en Nueva-Espana.

Fides sanctissimum humani generis boni est. Sen.

In Capitulo vicinioris optimi maximi Romani esse voluerunt. Cat. Cens.

Habito, q. llevaban los Embaxadores.

Sagina herba quodam sunt, quas legasit Populi Romani ferre solebant, ne quis ea violaret.

Como era recibidos los Embaxadores.

Como los Señores oian las Embaxadas.

mien-

miento, la voz baxa, los ojos en Tierra, con mui grandes comedimientos, i ornato de palabras, de que mucho se preciaban, proponia su Embaxada. Oiale el Señor, i sus Principales, sentados a su vfo, sobre vnos Banquillos baxos, de vna pieça, que llaman Yopales, con gran atencion, baxas las cabeças, puestas las bocas sobre las rodillas. Acabada la Embaxada, si el Embaxador no era de mui Gran Principe, no se le respondia cosa, hasta otro Dia. Salian con el algunos, acompañandole a la Calpisca, adonde se proveia de lo necesario: i en el entretanto el Señor comunicaba con los de su Consejo, lo que se havia de responder, lo qual hacia vno de ellos, i no El. Y dada la respuesta, hechabanle en la Redecilla, que llevaba, la comida para el camino, i se solian dar algunos Presentes, i los recibia, si su Señor no le havia mandado lo contrario, porque si era Embaxador de Amigo, era afrenta: que se hacia al Señor, que los daba, no recibirlos: i si de Enemigo, no podia, sin licencia de su Señor. Salian los mismos, que le havian traido a la Calpisca, con el, hasta sacarle de el Pueblo: i hechos muchos ofrecimientos, le despedian. Los Embaxadores, que eran de alguna Señoria, o Provincia, nunca iban solos, porque por lo menos eran quatro, i Personas de mucha autoridad, prudencia, i eloquencia, para que desafiando, o pacificando, sus palabras tuviesen maior fuerza, i consiguiesen lo que deseaban.

Eran pasados ocho Dias, que havia embiado Hernando Cortès a los Cempoales a Tlascala, i no bolvian. Preguntò a los Caballeros que iban con el, como tardaban tanto? Respondieron, que por Magestad, i Grandèça, segun su costumbre, no los debian de despachar: por lo qual, i por lo mucho que le aseguraban el amistad de los Tlascaltecas, determinò de caminar con el Exercito adelante: i a la salida del Valle, topò con vn gran muro de piedra seca, alta de estado i medio, de veinte pies de ancho, con vn petril de dos palmos por toda ella, para pelear encima: atravesaba todo el Valle, de vna Sierra a otra: no tenia mas de vna sola entrada de diez pasos, i en aquella doblaba la vna cerca sobre la otra, a manera de Rebellin, por trecho de quarenta pasos, de manera, que era tan fuerte, que quando huviera quien la defendiera, tuvieran bien que hacer los

Como se respondia a las Embaxadas.

Como se respondia a las Embaxadas.

Como se despedian a los Embaxadores.

Cortès, por consejo de los Cempoales, pasa adelante con el Exercito.

Castellanos en pasarla. Paròse Cortès a considerarla, i fue gran rato mirandola, por descubrir si havia alguna emboscada. Preguntò para que efecto era, i quien la havia hecho? Dixeronle, que Yztacmichtitlan, que le acompañò hasta alli, para dividir los terminos entre el, i los Tlascaltecas, i defenderles la entrada en su Tierra, aunque ià eran Amigos: i aqui entendió mejor Hernando Cortès la opinion de valientes, que los de Tlascala tenian, pues contra ellos se havia hecho tan gran fabrica. Admirò la obra de aquel Muro, porque estaba mui bien labrado, sin mezcla de cal, ni barro: i porque aun estaba cerca el Señor de aquel Muro, viendo que havian reparado, pensò que temian de pasar adelante: i bolvió a rogarle, que no fuese por alli, porque le mostraria otro camino mas seguro, i poblado de Vasallos de Moteçuma, i temia, que los Tlascaltecas le havian de hacer algun daño. Los Cempoales porfiaban, en aconsejar lo contrario, diciendo, que era malicioso aquel consejo, para apartarle de confederarse con Gente tan valerosa, con cuiá amistad no havia que temer de Moteçuma. Hernando Cortès, con esta diversidad de pareceres, estaba confuso, i al fin se arriò a la opinion de los Cempoales, cuiá intencion conocia ser sincera, i por no mostrar cobardia.

Despidiòse de Yztacmichtitlan, tomando de el trecientos Hombres, i entrò por la Cerca, la buelta de Tlascala, llevando su Gente en orden, i el Artilleria apercebida, iendo siempre buen rato delante, para que nada le romase desapercibido: i a vna Legua de camino, hallaron vn Pinar mui espeso, lleno de hilos, i papeles, que enredaban los Arboles, i atravesaban el camino, de que mucho se rieron los Castellanos: i dixeron graciosos donaires, quando luego supieron, que los Hechiceros havian dado a entender a los Tlascaltecas, que con aquellos hilos, i papeles havian de tener a los Castellanos, i quitarles sus fuerzas. Andadas tres Leguas desde la Muralla, embió Hernando Cortès a mandar a la Gente, que caminase, porque era tarde: i pasando adelante con los de a Caballo, en encumbrando vna cuesta, dieron los dos Corredores con quince, o diez i seis Indios, armados de Espadas, i Rodelas, con altos Penachos, i otros pendientes de las espaldas, que estaban alli para dar

Muro admirable, que se hallò hecho en vn paso estrecho para la Guerra.

Hechiceros de los Indios, para hacer bolver atrás a los Castellanos.

avi-

aviso, i en descubriendo los nuestros, corriendo, se retiraron, sin querer bol-
ver, aunque mucho los llamaron. Pero
viendose alcançados de los Caballos, se
remolinaron, i defendiendose, peleaban,
i hirieron los Caballos de tal manera,
que luego caieron muertos, casi à cer-
cén cortadas las cabeças, porque las Es-
padas eran de pedernal, encaxado en
madera, atado, i con cierta liga tan
apretado, que cortaba como Navaja.
Ibanse retirando los Indios, jugando sus
Espadas, sin muestra de temor: pero
descubriendo Hernando Cortés mas de
cinco mil Hombres en vn Esquadron,
que acudian à socorrer à estos, los man-
dó alancear, que hasta entonces no lo
havia permitido, i embió à solicitar à
la Infanteria, que se diese prisa. En-
tretanto, que caminaba la Infanteria, ià
el Esquadron de los Indios havia llega-
do sobre los de à Caballo, i desembra-
gando sus Arcos, peleaban. Los de à
Caballo alanceaban muchos, especial-
mente à los que mas se metían en ellos.
Los Indios, en descubriendo la Infante-
ria Castellana, se retiraron, espantados
de los Caballos, diciendo, que aquellos
Venados eran maiores que los suyos, i
que corrian mas, i que por algun en-
cantamiento andaban los Christianos en
ellos. Retirado el Esquadron de los In-
dios, llegaron dos de los Mensageros
Cempoales, que Hernando Cortés em-
bió à Tlascala, con otros de la Repu-
blica, i dixerón, que les havia pesado
del atrevimiento de aquella Gente barbara,
que eran ciertos Pueblos Otomies, que sin
licencia se haviam desmandado, aunque se
bolgaban, que algunos huviesen pagado la
pena que merecian, i que la Señoria le de-
scaba ver, conocer, i servir en su Pueblo:
i que si queria que pagasen los Caballos,
que aquellos Otomies mataron, embiarían
luego Oro, i Joias por ellos. Hernando
Cortés, aunque conoció, que el recado
era falso, para asegurarle, respondió,
agradeciendo su ofrecimiento, i buena
voluntad, i que presto seria con ellos,
porque lo deseaba mucho: i disimulan-
do la pena que tuvo, de que los Indios
huviesen entendido, que los Caballos
eran mortales, dixo, que no queria pa-
ga, porque presto le vendrian otros muchos
de donde aquellos haviam nacido. Eran es-
tos Otomies Vasallos de la Señoria de
Tlascala, que tenían sus Lugares en
Partes baxas, i Atalayas en los Cerros:
i en haviendo Gente Estrangera, hacian
ahumadas desde la primera, i respon-

Descubre
Hernan-
do Cortés
vn grãde
Esquadro
de Indios.

Los Indios
se retiraron
de la Tierra
de Tlascala.

dian de las otras, i la Gente se juntaba
para la defensa.

CAP. V. De una Batalla, que
los Castellanos tuvieron con los
de Tlascala.



Os Embaxadores se
bolvieron, i reti-
raron hasta sesen-
ta Indios, que en
aquel Reencuentro
havian sido alanc-
eados, para en-
terrarlos, i Cortés
mandó enterrar los
Caballos, por no dexar ocasion de que
viendolos cada dia en el Campo los In-
dios, considerasen, que podian matar
los otros. Estaba ià (como queda di-
cho) el Exerçito dentro de los limites
de Tlascala, i hasta entrar en ellos, lla-
maban à toda aquella Provincia, desde
la Villa Rica, Cotaça, que aunque gran-
de, no era mui poblada, porque en
tiempos pasados la destruió Motecuma,
porque no le obedecian. Es la Tierra
conforme al Andalucia, gruesa, calien-
te, i fertil, con muchas Aguas dulces,
i buenas, adonde se cria mucho Pesca-
do, i muchas Florestas de Arboles sal-
vages, Alamedas, i Parrales, i otros:
i tendrá treinta Leguas de travesia ha-
sta los Puertos, que son asperos, i frios,
con Nieve en algunas partes de ellos,
con muchos Pinares, i Encinares, aun-
que maiores, de maior hoja, i menor
Bellota, que los de Castilla. A puesta de
el Sol, alojó Hernando Cortés su Exer-
çito junto à vn Arroio, en sitio como-
do, i fuerte, i de ciento en ciento por
sus quartos, hicieron la guarda; i no
haviendo tenido aquella Noche ningun
sobresalto, otro Dia llegaron à vnas
Casas de Otomies, adonde hallaron al-
gunos Hombres muertos, de las heri-
das del Reencuentro pasado. Quemaron
las Casas, i de hambre comieron Tu-
nas, Fruta de la Tierra: i esto, porque
las vieron comer à los Indios del Exer-
çito. Otro Dia proseguió su camino, i
llegado à vn mal paso de vna quebrada
Honda, señoreada de Sierras al rededor,
antes que començasen à pasar, ladró
vn Perro: acudió Lares, Herrador,
Hombre diestro de à Caballo, mató
dos Indios que halló, i otros que havia
con ellos, huieron. Llegaron aqui los

Llegan
à Cortés
los dos
Embaxa-
dores Ce-
mpoales hu-
iendo.

Quod opor-
teat Ducē
respicere
magis quā
prosperare
Plut.

Calidad
de la Pro-
vincia de
Cotaça.

Mil In-
dios lle-
van diez-
seis mil
à los Cas-
tellanos
à vna em-
boscada
de treim-
ta mil.

Primum
hoc munus
est, ut ne
cui quis
noceat, ni-
si læssi-
tus iniu-
ria. Cic.

Los Cas-
tellanos,
de ham-
bre, comē
Tunas, i
es Fruta
de la Tie-
ra.

Los Cas-
tellanos,
peleando
con los
Indios, se
ven en
mucho
aprieto.

OTROS

otros dos Mensageros Cempoales, sudan-
do, llorando, maltratados, i que ape-
nas de miedo podian hablar. Hecharon-
se en el suelo, abraçaronse à los pies
de Hernando Cortés, dixerón: *Que los
malos Tlascaltecas, violando el derecho de
la Embaxada, los havian atado, para sa-
crificarlos al Dios de la Victoria, i que
aquella Noche, desatandose el vno al otro,
havian buido: i que havian oido decir, que
de la misma manera pensaban sacrificar à los
Christianos.*

Poco despues de llegados los Cem-
poales, haviendo andado poco mas de
medio quarto de Legua, por detrás de
vn Cerrillo asomaron hasta mil Indios
bien armados: acometieron à los Cas-
tellanos con el alarido que suelen, ti-
rando muchos Dardos, Piedras, i Sae-
tas. Cortés, con los Farautes, les ro-
gò, que estuviesen quedos, porque que-
ria paz, i con Escrivano, i Testigos se
lo requirió, i dió à entender. Visto que
los Indios no cesaban de pelear, acordó
de dar en ellos, los quales diestramen-
te se fueron retirando: i llevando à los
Castellanos à vna emboscada de mas de
treinta mil, que estaban el Arroio arri-
ba, por vnas quebradillas, que havia
àcia el paso, mui aspero, adonde los
Castellanos se vieron perdidos, por la
multitud de enemigos, que adonde no
se podian revolver, les cargaban: pero
valia mucho el animo que les daba Her-
nando Cortés, diciendo, que ià no se
peleaba sino por la vida, i sin hacer in-
juria à quien sin causa les havia acometido.
Y aqui dixo Teuch, vno de los
Nobles de Cempoala, à Marina, que
veia la muerte de todos delante de los
ojos, i que no era posible, que ningun-
o escapase vivo. Respondiòle Marina,
que no tuviese miedo, porque el Dios
de los Christianos, que es mui poderoso,
i los queria mucho, los sacaria de pe-
ligro. Y no mucho despues de estas pa-
labras, peleando varonilmente los Cas-
tellanos, i los Indios Amigos, por no ser
sacrificados, con mucho esfuerzo, salie-
ron de aquella apretura, adonde peleab-
an los Tlascaltecas con tanto corage,
que muchos llegaron à los brazos con
los Castellanos, i otros à tomar las Lan-
ças à los de à caballo, los quales, ien-
do delante, abrian paso à los Infantes,
i los Indios Amigos, hechandose al Agua,
resistían. Hernando Cortés bolvia, de
quando en quando, à los Infantes, i de-
cia, que mirasen, que de la conservacion
de sus Personas, en aquella Tierra, depen-

dia el plantar en ella la Fe de Jesu-Christo,
à que tenían tanta obligacion, i porque po-
dian esperar grandes bienes: aliende, de que
siendo Hombres Castellanos, no se havian de-
perder de animo, ni bolver pie atrás, como
nunca à su Nacion havia acontecido. Al
fin, con mucho trabajo, salieron de
aquellas Quebradas, i Arroios al campo
raño, adonde pudiendo correr los Caba-
llos, i jugar el Artilleria, ponian gran
espanto à los Indios, i mataban muchos:
los quales no lo pudiendo sufrir, se fue-
ron retirando en orden, à vn Recuesto,
adonde se hicieron fuertes. Huvo este
Dia algunos Castellanos heridos, pero
ninguno muerto, i muchos Indios mu-
rieron alli, i otros despues, que salieron
heridos. Fue cosa notable el alegria de
los Castellanos, que en altas voces da-
ban gracias à Dios, por haverlos libra-
do de tan gran peligro, i el regocijo de
los Indios Amigos, que abraçando à los
Castellanos, con ellos se alegraban de
haver escapado; i el Caballero Cempoal,
alabando à Marina, contaba su profes-
cia, la qual afirmó, que nunca tuvo
miedo, confiando, que el Dios de los
Christianos los favorecia. Tocabanse las
Trompetas, Pifanos, i Caxas del Exer-
çito, i los Instrumentos de los Indios
Amigos, que bailando à su modo, can-
taban en altas voces la Victoria, hechan-
do de ver los Enemigos, como se cele-
braba.

Alegrias,
que hacé
los Indios
por la vic-
toria.

CAP. VI. De vn Desafio de vn
Indio Cempoal, con otro Tlascalte-
ca, que se llegó à vista de el
Exerçito de la Señoria
de Tlascala.



STANDO las cosas
en este estado, vn
Indio, Capitan de
cierta parte de el
Exerçito Enemi-
go, haciendo se-
ñal de paz, ba-
xò adonde Her-
nando Cortés estaba, acompañado de
ciertos Principales de los Suios: dixole,
que como la experiencia lo havia mostrado,
veia, que El, i los Suios eran invencibles,
i ser Dioses inmortales, que le suplicaba, que
la Guerra no pasase adelante, que el trata-
ba con los Capitanes de su parte, que le tu-
viesen por Amigo, i dexasen entrar en Tlascala.
Hernando Cortés, alegremente le
ref-

Un Indio
pide à
Cortés, à
la Guer-
ra no pa-
se adelan-
te.